cia para conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más suave que el panal de miel.—Bienaventurado el hombre que me escucha y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observación en sus umbrales. Quien me hallare hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación (1).

(1) Eccli. XXIV, 23-27.—Prov. VIII, 34, 35.

CAPÍTULO IV

No contrajo la deuda del pecado ni estuvo en peligro de caer.

La piadosa opinión en que vamos á ocuparnos al presente, no merece ninguna censura según dicen aun los teólogos que no la aceptan, y añaden que es sostenida por autores doctos y piadosos (1). Entre estos autores se cuentan san Francisco de Sales y san Alfonso M.ª de Ligorio, en cuyas obras la Iglesia no ha hallado cosa digna de censura, sino que las ha elogiado de una manera muy particular y distinguida. El primero de estos santos Doctores dice lo siguiente:

Desvió Dios de su Madre gloriosa toda cautividad, disponiendo gozare de la dicha de los

(1) Suarez, de pecc. origin. disp. IX, sect. IV.

dos estados de la naturaleza humana; pues tuvo la inocencia que perdió el primer Adán, y gozó excelentemente de una redención que nos adquirió el segundo... fué redimida por su Hijo, no sólo de la condenación, sino aun de todo peligro de ella, asegurándola con la gracia y su perfección... la preservó, no solamente de pecado, como á los ángeles; sino también de todo peligro de él, y de todo aquello que podía divertirla y retardarla en los ejercicios del amor santo (1).

San Alfonso María en su sermón sobre la Concepción Inmaculada, dice lo siguiente: Son muchos los Doctores que defienden que María fué también exenta de contraer aún la deuda del pecado... Opinión bien probable... á ésta me inclino yo, como que redunda en mayor gloria de mi Señora.

No tendremos que temer un extravío siguiendo las huellas luminosas de tan piadosos y esclarecidos Doctores; y ¿cómo no seguirlas cuando se trata de la gloria de María, y la opinión que la exime de la deuda del pecado, nos presenta á la divina Madre embellecida y adornada con todos los dones de la gracia, y con el resplandor de la majestad y la grandeza que corresponde á su dignidad infinita y á la incomparable grandeza de su ministerio? Veamos

(1) Práctica del amor de Dios, II, c. VI.

ahora en que consiste la deuda del pecado original. Esta deuda no es otra cosa que la necesidad y exigencia de contraer el mismo pecado si no es que Dios lo impida... El acto pecaminoso de Adán tiene por decirlo así exigencia y necesidad de existir en sus descendientes que por esto se llaman deudores (1). Llámase esta deuda por los que no la admiten en la santísima Virgen, ceguedad y esclavitud; los que la admiten dan á entender que el débito del pecado revela que de alguna manera se ha caído en él; pues dicen que donde no interviene de algún modo la remisión del pecado y la satisfacción por la persona redimida no se da propia redención (2). Vemos por esto que tanto los teólogos que eximen del débito del pecado original á la santísima Virgen, como los que sostienen que incurrió en él, lo consideran como una miseria y desgracia, como una verdadera imperfección; por esto no la admitimos nosotros; pues no ignoramos que Dios ha criado á María no sólo llena de gracia y de virtudes, sino además con tanta excelencia y perfección que no es posible comprender otra mayor después de la excelencia y perfección de Dios, mas si hubiese contraído aquella deuda esto sería falso; porque todo el mundo comprende

(1) Theologia Mariana. hic.
(2) Suarez, ubi supra.

que son más excelentes y perfectas la libertad, la seguridad que el peligro, la sujeción y la esclavitud.—Dios pudo hacer que la dichosísima criatura que amaba desde la eternidad sobre todas las demás y á quien había elegido para que fuera su Madre no contrajese la deuda del pecado original: ¿dejaría de hacerlo? Preguntémoslo á la delicadeza, á la ternura y al amor que le tiene; á la dignidad excelentísima de Madre de Dios á la cual se dignó elevarla el Verbo divino; y á las demás gracias singularísimas con que quiso enriquecerla. Como el amor que Dios la tiene, no hay alguno tan liberal y generoso, y tan espléndido en sus manifestaciones. En cuanto á las gracias y favores con que el Señor enriqueció á María, son los más distinguidos y preciosos que pueden concederse á una criatura: ahora bien, ¿el amor de Dios á la celeste Niña permitiría que quedase encadenada con la deuda del pecado? La mano del Señor no se ha abreviado; las incomparables grandezas que han sido la herencia de la divina Madre nos están diciendo que Dios no le negó otras gracias que no pueden compararse con aquellas.

Los Padres de la Iglesia para defender la santidad é inocencia original de María no solamente la compararon multitud de veces con Eva todavía virgen, todavía inocente y pura, y aún no seducida por la astuta serpiente; sino que la

prefirieron valiéndose para ello de expresiones admirables. Eva, dejándose miserablemente engañar de la serpiente, perdió la inocencia en que había sido criada y se hizo esclava del demonio; por el contrario la beatísima Virgen, aumentando sin cesar la inocencia original, lejos de llegar jamás á dar oído al dragón infernal, aniquiló su fuerza y su poder con la divina virtud que tenía recibida (1). Eva criada en la inocencia no estuvo sujeta á la deuda del pecado; y la purísima Virgen María, tan superior bajo todos conceptos á la primera mujer que salió de las manos de Dios ¿habría contraído la deuda de la culpa? La inteligencia y el corazón del cristiano contestan á la vez: no la contrajo.

Los ángeles de Dios libres estuvieron de la deuda de que hablamos: ¿no lo estaría su Reina soberana? Conteste por todos Gabriel saludándola llena de gracia; de gracia perfectísima y que la preserva de toda mancha y defecto, de todo vínculo y de todo peligro de caer en la culpa.

Cuanto más se acerca algo al principio en un género cualquiera, dice el Angel Príncipe de la Teología, tanto más participa del efecto de este principio. Por esta razón dice san Dionisio que los ángeles que están más próximos á Dios, participan más de las bondades divinas

(1) Bull. *Ineffabilis.*

que los hombres; y Jesucristo es el principio de la gracia por su propia potencia como Dios, é instrumentalmente como hombre. Por esto dice san Juan que la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo; y como la Virgen santísima fué la más próxima á Jesucristo según la humanidad, porque de Ella recibió la naturaleza humana; por esta razón debió obtener de El, una plenitud de gracia mayor que los demás (1), ángeles y hombres, en intensidad y en extención. Apliquemos esta doctrina al objeto de que tratamos.

Los ángeles se acercan á Dios nuestro Señor más que los hombres, y por este motivo reciben mayores gracias que éstos; la santísima Virgen María se acerca á Dios más que los ángeles, y está unida con El por medio de vínculos más estrechos que aquellos, con que los ángeles se unen al Señor; porque Ella es su Madre, y solamente Ella entre todas las criaturas puede decir al Hijo del Eterno: Tú eres mi Hijo; yo te llevé en mi seno y te alimenté con mi leche virginal. Siendo esto así serán mayores que las de los ángeles, las gracias de María; mas los ángeles estuvieron en peligro de pecar; y si en ese mismo peligro se hubiese hallado la Virgen sin mancilla, su gracia en esto no sería mayor que la de los ángeles; empero no fué así,

(1) 3, p. q. XXVII, a. V.

porque superior á éstos en la gracia fué preservada de todo peligro; y no contrajo la deuda que jamás contrajeron los ángeles: es su Reina; y cuanto excede á estos sublimes espíritus por la excelencia de su dignidad de Madre de Dios, les aventaja otro tanto en la abundancia y perfección de la gracia. Contemplémosla pues, embellecida y adornada con los privilegios de que hablamos, arrobados de amor y de encanto: es Inmaculada y del todo Inmaculada, inocente é inocentísima, íntegra y de una integridad perfecta, santa y exenta de toda mancha de pecado, toda pura y casta y la norma misma de la pureza é inocencia, más hermosa que la hermosura, más bella que la belleza, más santa que la santidad, la sola santa purísima en el alma y en el cuerpo, que ha superado toda castidad y virginidad, la sola que ha sido hecha entera el tabernáculo de todas las gracias del Espíritu santo, y que excepto Dios, es superior á todo, que por naturaleza es más bella, más hermosa y más santa que los mismos querubines y serafines con todo el ejército de los ángeles, y que ninguna lengua basta en el cielo ni en la tierra para celebrarla (1). Tan hermosas y divinas expresiones no pueden aplicarse, entre todas las criaturas, sino á la Madre santísima de Dios. ¡Cómo después de esto, verla

(1) Bull. *Ineffabilis*.

arrastrando las tristes cadenas de la deuda del pecado, ó creer que siquiera un instante estuvo en peligro de contraerlo! Llevemos nosotros que somos hijos de ira por naturaleza, aquellas cadenas que nos cubren de vergüenza, y que revelan la miseria de nuestro origen, y la unión que con Adán tuvimos en la culpa; mas no María que jamás comunicó con el padre del linaje humano en sus debilidades y miseria.

Apareció entre nosotros el Hijo de Dios lleno de gracia y de verdad; y de su plenitud recibió María todas las gracias de que está colmada: ¿cuántas son éstas? San Jerónimo nos dice que recibió todas las que hay en Jesucristo, aunque de otra manera: Existe en María la plenitud de toda gracia que hay en Jesucristo; pero de otro modo (1). Universalidad y plenitud, tales son los caracteres de las divinas gracias de María. De aquí es que exceptuando únicamente las que no corresponden sino á Jesucristo como la unión hipostática, su Concepción por obra del Espíritu santo, el ser viador y comprensor al mismo tiempo, y las que ofrezcan inconveniencia en la Virgen santísima por razón de su ministerio, todas las demás se encuentran en Ella; y esto con una asombrosa plenitud y una perfección elevadísima. Hállanse en este caso las gracias de que hemos hablado en el presente capítulo.

(1) Serm. de Assumpt.

Si á alguno no pareciere suficiente cuanto hemos dicho hasta aquí, añadamos lo que sigue. En el oficio de la Concepción Inmaculada hallamos estas palabras: Entró el pecado en el mundo por un hombre, en el que todos pecaron. No temas, María, hallaste gracia delante de Dios. No sabe temer quien halla la divina gracia; mas si la Madre purísima de Dios hubiera contraído la deuda de la culpa original, si hubiese tenido algún peligro, ¿no hubiera temido? Verse irremisiblemente obligada á contraer la culpa; oprimida con el peso de las tristes cadenas de una deuda que tenía que pagarse con la humillación más afrentosa, y dejar de temer, no entristecerse y afligirse; no podemos concebirlo.

Nosotros no contemplamos en la Virgen purísima sino el gozo más perfecto y sublime y le decimos con san Sofronio: Goza, oh María, porque eres Madre del gozo celestial; Tú eres la que lo sustenta y conserva; tiene en Tí su regio trono; Tú eres su místico santuario, su rica é inagotables fuente, árbol frondoso á cuya sombra disfrutamos de paz y de gozo espiritual. Goza, oh Madre, Virgen integérrima después del parto; goza, oh espectáculo más admirable que las más sorprendentes maravillas (1).

El corazón de la Madre santísima se halla penetrado de un inmenso gozo, mas no de te-

(1) Hom. in Annunt.

mor por causa del pecado; ¿y por qué no le teme? Porque fué criada para triunfar del demonio y de la culpa. El ángel de las tinieblas será vencido, y su cabeza será aplastada por la victoriosa planta de María. El será quien tiemble al pronunciarse el nombre de María, que es terrible al infierno como un ejército en orden de batalla. ¿Qué podréis ver en la Sulamite sino terribles y armados escuadrones? Por esto muy lejos está de María aun la sombra más ligera del pecado; porque Ella siempre estuvo en la luz, jamás en las tinieblas.

Todos los hombres pecaron en Adán. Sentencia verdadera y á la cual no puede contradecirse; mas cuando yo considero, decía san Anselmo, la eminencia de la gracia de Dios en Tí, oh Virgen María; así como veo que no estás dentro de todas las cosas que han sido hechas sino sobre todas ellas, de una manera inefable; así juzgo que no estás sujeta á la ley de la naturaleza que cautivó á los demás (1).

Hablando san Bernardino de la Maternidad divina de María, dice lo siguiente: Que una mujer conciba y dé á luz á Dios es el milagro de los milagros; porque fué necesario que tal mujer fuese elevada como á cierta especie de igualdad divina por alguna infinidad de perfecciones y de gracias, si así puede decirse, que la

(1) In Offic. Concep. á Sixto IV, approb.

criatura nunca ha experimentado (1). ¿Cómo conciliar tan hermosas y nobles expresiones con la triste y humillante necesidad de contraer el pecado? ¿qué descubriríamos en la santísima Virgen al no eximirla de la deuda de que hablamos?

Al eximir á la purísima Virgen de la deuda del pecado y del peligro de caer en él, no la eximimos de la redención de Jesucristo; antes bien confesamos que fué redimida de un modo más sublime y enteramente singular, preservándola Dios de la deuda y del peligro del pecado en virtud de los méritos previstos de Jesucristo. Así sabemos que se realizó respecto del pecado original; y éste y su deuda tienen la misma razón, el orden mismo de redención. No es, por tanto, necesario contraer la deuda ó mancharse con la culpa para que tenga lugar la redención. A nosotros, ésta nos levanta de la culpa; á María la preserva de la deuda y del pecado, haciendo Dios ostentación de su poder divino, de su bondad inmensa, y del amor singularísimo que reservado tenía desde la eternidad para aquella dichosísima criatura que había de ser su Madre.

No hay deuda de pecado, ni el menor peligro, ni miseria, ni triste humillación; sino hermosa y perfecta libertad, voces de júbilo y cantos de victoria.

(1) Serm. 61 de B. V.

Libertad gloriosísima y sublime, aquella que aleja de María la necesidad de contraer la culpa y la asegura contra todo peligro; y al contemplarse tan privilegiada del Señor, y llena de una gracia tan perfecta y sublime, le bendice y le adora con todos sus afectos. ¿Qué mociones tan puras y ardientes las del Corazón de la sagrada Virgen; qué gratitud la suya tan sincera y profunda? Pronunciarían sus labios una y otra vez su Magnificat divino, su cántico bellísimo de amor y de ternura. ¿Cómo no ensalzar y bendecir al que hizo en Ella grandes cosas, divinas maravillas de virtud y gracia?

Dios, al preservar á su Madre santísima de toda deuda y peligro de pecado, nos descubre la inmensa ternura de su amor á Ella; y su virtud divina y su bondad inmensa, extreman, si así pudiéramos decirlo, su magnificencia en favor de la más afortunada de todas las criaturas. ¿Cómo no exclamar, pensando en esto: Bendita sea la mano del Señor? y así lo hacemos: Bendición, y claridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza á nuestro Dios y Señor por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO V

Esperanza y consuelo.

Entre los misterios de la santísima Virgen María hay uno que de una manera singular inunda nuestras almas de indecible gozo: el de su Nacimiento. En el oficio eclesiástico que le corresponde, se nos dice una y otra vez que celebremos con gozo tan fausto acontecimiento; y nosotros pensando en el instante en que nació la futura Madre de Dios para consuelo de los hombres, nos acordamos de las tinieblas, de la ignorancia y del pecado que cubrían toda la tierra antes de la venida del Señor que tendría que iluminar á todo hombre que viniera á este mundo. Esa luz brillantísima, ese Sol de justicia vendría en pos de su aurora que disipando las tinieblas de la noche, anunciaba la proximidad del día.

La santidad aleja el pecado, como la luz disi-